

El desastre y la embriaguez en la cuentística de Mario Guevara Paredes

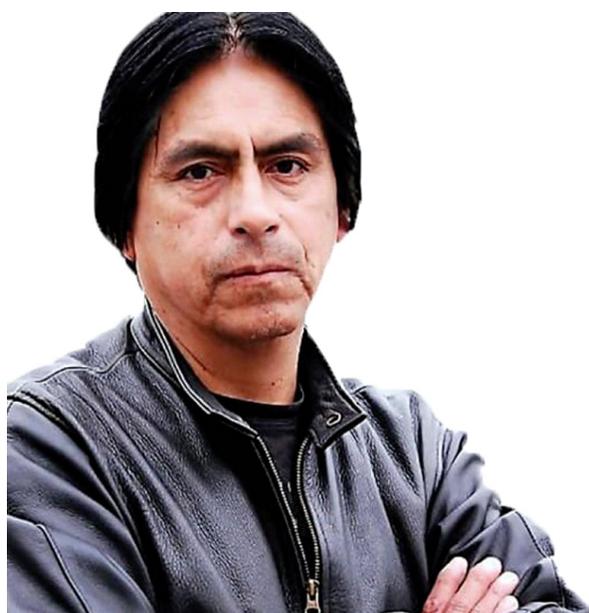
Jorge Ladino Gaitán Bayona

Grupo de Investigación en Literatura del Tolima
Maestría en Pedagogía de la Literatura del IDEAD

A modo de introducción

A veces la belleza se alimenta del desamparo y en ella tiene lugar *La escritura del desastre*, tal como titula uno de sus libros Maurice Blanchot: “Soledad que irradia, vacío del cielo, muerte diferida” (1990, p. 14). Los postulados del escritor francés permiten considerar el desastre como “una fuerza de escritura” (p. 17), la cual hace posible alcanzar las fibras profundas de la condición humana para recrear el fracaso, “aquel tiempo en que ya no se puede poner en juego, por deseo, ardid o violencia, la vida que se procura” (p. 21). Acá los personajes sufren, pero no caen en patetismos, ni melodramas. Su dolor es una certera ironía: “el llorar sin lágrimas” (p. 19). Muchas veces las cargas trágicas de la vida reposan en pocas líneas, en la justa expresión para que sea el lector quien llene de sentidos el silencio.

La brevedad que contiene la escritura del desastre es la propuesta estética del escritor peruano Mario Guevara Paredes en sus libros *Matar al negro* (2003) y *Usted, nuestra amante italiana* (2010). El autor, nacido en Cusco en 1956, es una de las voces destacadas de la literatura peruana contemporánea. Es narrador, guionista de cine, promotor cultural y director de *Sieteculebras*, *Revista Andina de Cultura*, la cual durante varias décadas ha explorado con rigor distintas tendencias de la literatura latinoamericana. Otros libros de Mario Guevara son: *El desaparecido* (1988); *Fuego del sur, tres narradores cusqueños* (1990); *Cazador de gringas y otros cuentos* (1995); *Matar al negro* (2003); *Cuentos de selva alta* (2016) y *Gringas si, yanquis no* (2021).



Matar al negro

Una de las minificciones de *Matar al negro*, “Destino”, dice en siete palabras: “Finalmente no era nadie, pero había sido” (Guevara, 2017, p. 49). ¿Nos habla del propio destino, desacralizado y sin esa suprema voluntad que le otorgan las mitologías? ¿Del mundo? ¿De un hombre o mujer que, como la mayoría, estuvo en el anonimato y los afanes de la supervivencia? Las preguntas se tornan aporías y el resto es la imaginación de cada uno en las posibilidades del pacto ficcional.

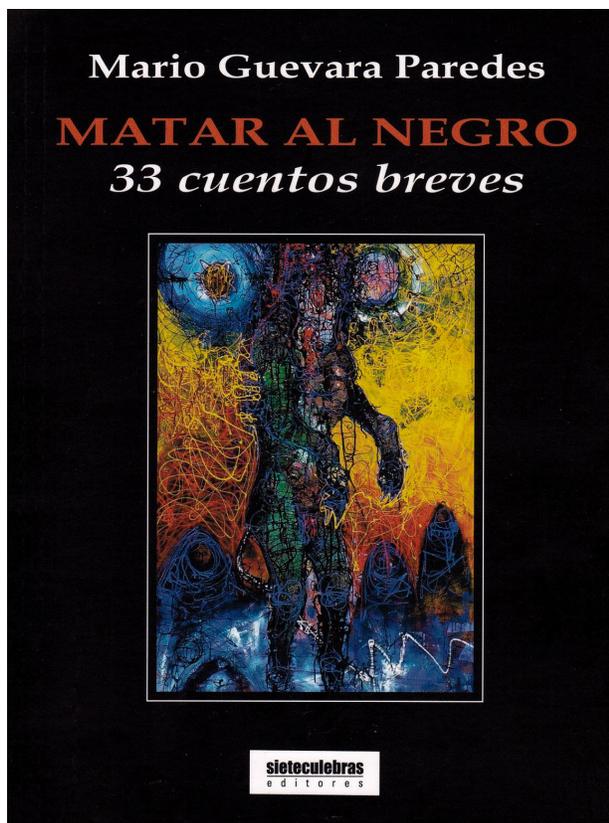
“Destino” contiene la suerte -o mejor sería decir su ausencia- del resto de protagonistas de los textos narrativos de *Matar al negro*. Allí están: la empleada envejecida por el trajín de una máquina de coser que descarga su malestar existencial ante un maniquí cuya sonrisa es una terrible afrenta (“La otra mujer”); la lucha inútil de un hombre contra su sombra (“La pelea”); Odiseo desilusionado de su esposa, hijo, reino y Homero, quien trastocó la historia para poetizar fidelidades que nunca fueron (“Odiseo”); el arqueólogo Orellana en su vana búsqueda de ética en una sociedad donde los oficiales que debieran defender la justicia son, en realidad, astutos ladrones (“El parecido”); el hombre que se siente fuera de lugar en todas partes porque lejos es un extranjero miserable, pero, en su propia tierra, la que debiera ser su madre patria siempre fue una “puta madre” (“Sudaca”); Palomo Quisque, acostumbrado a comer clavos oxidados, tachuelas y sucios utensilios metálicos a cambio de unas cuentas monedas, muerto por indigestión tras un espectáculo en el cual digiere finos cuchillos de cocina (“El fakir”); el confeso trotskista que habla de la lucha contra la explotación laboral y debe contemplar la contratación de una sirvienta porque ni su mujer ni él quieren lavar la ropa (“Plusvalía”).

La “escritura del desastre” late en cada uno de los 33 relatos que componen el libro de Mario Guevara. El número no resulta gratuito y no es un homenaje a la tradición cristiana, sino, por el contrario, una versión paródica. A los 33 años muere Jesús, pero acá el hijo de Dios no tiene ese carácter mesiánico, Sus milagros resultan desmentidos en el cuento “Lázaro”. Sus sacerdotes obtienen lucro y placer ante la mirada complaciente del Vaticano y los feligreses que no quieren ver sus pecados y prefieren rendir honores por su apostolado (“Defunción”). Con fino humor e ironía, el narrador aterriza las acciones de Mesías y sacerdotes a los apetitos del bajo vientre: Lázaro vuelve a la vida por voluntad propia ante la preocupación de controlar la disputa de sus hermanas solteras por quedarse con el “Salvador”; el sepelio del Padre Inocencio Contreras es organizado por su esposa, hijos y nietos. La ironía que emerge del lenguaje y de situaciones contradictorias acen-

túa los propósitos subversivos de la parodia frente a la tradición no sólo religiosa, sino también literaria. Con relación a lo último es contundente la forma como se plantea el desencanto del artífice de la caída de Troya tras su regreso a Ítaca y su elección del sueño eterno junto a la diosa Calipso en la isla Ogiogia (“Prometeo”).

Ahora bien, los tiempos pretéritos -del mito griego o del mito cristiano- no son las únicas piedras donde Mario Guevara afila la ironía para encontrar nuevas alternativas de la ficción. El hoy -donde conviven la opulencia y el hambre- es puesto al banquillo en varias narraciones, principalmente en “Dos mundos”, una de las piezas maestras de *Matar al negro*:

Se cansaron de la espada que despedía rayos multicolores, también del tren eléctrico que giraba monótonamente sobre el piso alfombrado de la habitación. Aburridos de los juguetes caros y sofisticados, se acercaron a la ventana que proyectaba la visión de la calle. Quedaron intrigados al ver, no lejos de la mansión donde vivían, a un grupo de niños que gritaban, reían y saltaban sobre un patio de tierra. En un descuido del ama que los cuidaba, salieron a la calle. Avanzaron lentamente tomados de la mano, moviendo sus cuerpecitos rollizos. Al ingresar al patio, sus zapatos charolados se llenaron de tierra. Los niños que jugaban no se percataron de su presencia que contrastaba con la de ellos. Quedaron impresionados de la algarabía de los niños. Estos andaban descalzos, la ropa mugrienta y rotosa flotaba en sus raquíticos cuerpecitos. Las caritas sucias y famélicas se tornaban risueñas cuando el amigo, empujando un piojo con una pajita, ganaba al del contrincante en la carrera que llevaban a cabo. Vieron como un niño extraía un piojo de su cuerpito y lo ponía al juego. Queriendo hacer lo mismo, se buscaron con loco afán un piojo en sus cuerpecitos blanquecinos y perfumados, pero grande fue su desilusión al no encontrar al valioso parásito que los hubiera hecho partícipes del juego. Indignados y molestos por no tener ese privilegio, regresaron cabizbajos a su mansión (Guevara, 2017, p. 26-27).



La brevedad, como una granada de mano, desestabiliza la indiferencia de un planeta donde la miseria se vuelve asunto de entretenimiento. Las últimas líneas sacuden al lector como un *knock out* en el primer asalto (idea abordada por diversos teóricos de la minificción que retoman planteamientos de Cortázar en torno al cuento y su conexión con el boxeo). Ese *knock out* no es solamente el cumplimiento del final impactante del minicuento o un mero efecto del lenguaje, sino también la contundencia de una aguda lectura crítica del orbe mundial. La justicia social y la preocupación por el otro pasan a un segundo plano porque imperan el confort, el pasatiempo, la urgencia de los más insólitos privilegios pues cuando todo se tiene la necesidad de los demás se vuelve motivo de diversión. Es la vida convertida en *reality*, un juego absurdo y despojado de humanidad en la que impera el capricho de “cuerpecitos blanquecinos y perfumados”.

Usted, nuestra amante italiana

De la colección *Cuadernos esenciales* de la Biblioteca Nacional del Perú, el número 41 corresponde al libro de cuentos *Usted, nuestra amante italiana* (septiembre de 2010) del escritor cusqueño Mario Guevara.

Desde tiempos lejanos el hombre ha experimentado la redención de la embriaguez. Bien decía Platón que “el vino es un remedio para el mal humor de la vejez” (1969, p. 214), mientras que Homero en *La Iliada* consideraba que este daba “fortaleza a los hombres fatigados” (1977, p. 126). No obstante, la embriaguez no es sólo un tópico o una sensación poderosa en la poeticidad del cuerpo, también es un estado de la escritura.

La embriaguez, cuando se elige tema y tono, permite construir relatos donde la palabra -liberada de ataduras morales y lingüísticas, pero sin sacrificar la belleza- se abisma frente a la derrota en su desnudez, la traición, el amor y el desamor. Justamente todo esto ocurre en los nueve cuentos que integran el libro *Usted, nuestra amante italiana*. En ellos los bares se entronizan, los vencidos se confrontan con la memoria, los cobardes se envalentonan para encarar un cuerpo deseado o para darse el tiro de gracia cuando el sol agoniza entre el mar. A veces un tabernero –como una suerte de Scherezada- cuenta las historias de los extraños seres que se sinceran con el licor, el transitar de las horas y la música de fondo, sea rock en español, boleros o rancheras.

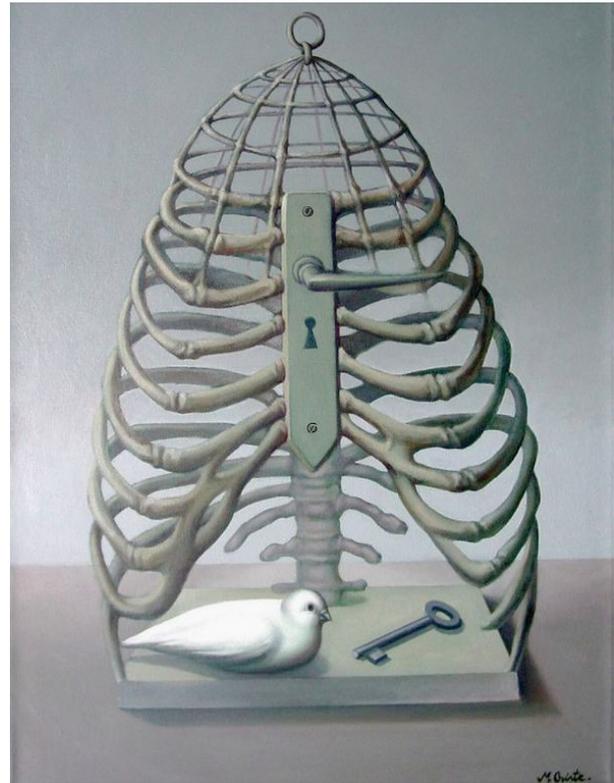
No es casual que el primer cuento del libro se titule “La vida no vale nada” y que en él un barman –focalizado por el narrador en tercera persona- sea la fuente primordial del relato. Ese cuento es un poderoso embrión de lo que los otros ocho del libro habrán de dar cuenta: la difícil existencia, amores que desembocan en desencantos, la urgencia de carnalizarse por un rato porque con la sobriedad vendrá otra vez el vacío, la culpa y el abandono. “La vida no vale nada”, ese estribillo de “Camino de Guajuato” de José Alfredo Jiménez, constituye la visión de mundo –acaso el epitafio- que surca los relatos. Como extraído de ese universo de bohemia y deso-

lación del conocido cantautor mexicano, el bartman pareciera una variación de “El cantinero”, esa inmortal ranchera en la cual a quien reparte el licor se le respeta, se le otorga la condición de dios, en tanto brinda consejos porque “todo lo sabe y todo lo puede”. El bartman, en el libro del escritor peruano, se erige en centro: “Cuántas cosas yo podría contar” (Guevara, 2010, p. 21). A él llega toda la gente que “viene a matar su soledad” (p. 21) y sólo es necesario estar atento como “una enorme lechuga pendiente de todo lo que acontece en el pub” (p. 21).

Si atendiendo a Adorno en su *Mínima Moralía* en su consideración de que cada escritor construye en sus páginas una morada, el bar es la que elige Mario Guevara en su libro de cuentos, como un hogar de paso para que se den cita los solitarios y los humillados (cada uno de sus personajes) pero también ese espacio de puertas abiertas al lector para que beba las historias: la de un capitán de la policía convertido en detective privado que busca un delito y se tropieza con la infidelidad de su mujer en “La vida no vale nada”; la de un hombre que bebe y recuerda su abandono momentos antes de morir en “La espera no siempre es larga”; la de una mujer hermosa que parecía inalcanzable en su juventud y que años después se descubre cercana y vulgar en cualquier bar de mala muerte o la puta devenida en santa en “Niña veneno”; la del borracho que por fin se decide a hacer el amor a la mujer que lo obnubila en sus noches de taberna y descubre al final que el deseo culmina en burla y vergüenza en “La mujer de negro”; la de un cusqueño que encuentra en Ecuador a un curioso plagiador que hace de la poesía universal una estrategia para sostenimiento de la bohemia en “Janos, el hombre que corrigió a André Bretón”; la de un policía confesando ante la tumba del amigo cómo disfrutaba de su mujer en “Desde el fondo oscuro”; la de unos amigos que, aunque pasen las décadas, rinden culto entre copas a la figura de Laura Antonelli, un símbolo sexual de los setentas, en “Usted, nuestra amante italiana”; entre otros relatos.

Tabernero-narrador-Mario Guevara: una trinidad del arte de contar historias; una ofrenda dual –sagrada y profana– porque las situaciones recreadas,

aunque duras porque ahondan la angustia y el fracaso de los personajes, resultan agradables por el uso del humor, la ironía, de una expresión sugerente y de una risa carnavalizada; es decir, aquella que, en palabras de Bajtín en *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, “es ambivalente: alegre y llena de alborozo, pero al mismo tiempo burlona y sarcástica, niega y afirma, amortaja y resucita a la vez” (2013, p. 17).



Consideraciones finales

En las minificciones de *Matar al negro*, Mario Guevara busca una belleza cargada de contexto: la palabra más allá del argumento, logra con profundidad la recreación de las trivialidades y contradicciones del presente. Por eso la “escritura del desastre” es su tono y tema. Sus relatos traslucen fracaso, un hondo malestar por el tiempo y el mundo que se habitan (el afuera y el adentro). Lo universal no se desliga de lo local y, en este sentido, es clave resaltar que el autor peruano no teme contar la pobreza de

quienes asumen curiosos roles (faquires o bricheros) para sobrevivir en ciudades que ocultan su rostro marginal y exhiben su indumentaria exótica, turística, de postal que nadie debiera perderse. Esto último cobra enorme relevancia en uno de los cuentos más sugestivos y profundamente humanos de la narrativa peruana: “Cazador de gringas”, el cual da título a uno de sus libros e incluido en diversas antologías. En “Cazador de gringas”, Mario Guevara Paredes introdujo a la literatura peruana el personaje del brichero. Tal como resalta la profesora Daniela Melo Morales en una entrevista hecha a Mario Guevara Paredes para la *Revista Ergoletrías* (No. 2, del 2014), “el brichero es un seductor que aprovecha la visita de extranjeras al Cusco para obtener dinero, bienestar y quizás la posibilidad de salir de un país en difíciles condiciones económicas” (p. 95).

Usted, nuestra amante italiana, es un libro para beberse de una sola sentada, como una buena botella de pisco, porque allí la ficción no se reduce al efectismo de las anécdotas y los seres que por allí cruzan cargan una angustiada humanidad que siempre es vigente en todos los bares nocturnos, cercanos o remotos. Sin duda el escritor de oficio es como un

sabio tabernero: domina su arte y escucha sigilosamente lo que ocurre alrededor para luego decidir la mejor historia y contarla en forma amena; las páginas de un cuento como un bar donde la vida se pone al banquillo y el lector es parta activa en la fiesta y la embriaguez del lenguaje.

La literatura peruana contemporánea, más allá del Premio Nobel de Literatura a Mario Vargas Llosa y otras voces con impacto comercial de editoriales poderosas, es también lo que se crea en ciudades distintas a Lima. Cusco, el ombligo del mundo según los Incas, tiene para ofrecer al mundo no solo paquetes turísticos, Machu Pichu y otras maravillas naturales, también autores conocedores de variadas tradiciones estéticas y ricos en propuestas creativas. Piénsese, por ejemplo, en el gran poeta Raúl Brozovich, en la premiada narradora Karina Pacheco Medrano, Ángel Avendaño Farfán -autor de una tremenda novela titulada *Túpac Amaru*- y, por supuesto, Mario Guevara Paredes, un cuentista versátil, capaz de reconciliar en sus historias la angustia por la supervivencia y la risa, el desastre y la catarsis de la embriaguez.

Referencias bibliográficas

Adorno, T. (2006). *Mínima moralía, reflexiones sobre la vida dañada*. Madrid: Editorial. Taurus.

Bajtín, M. (2013). *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*. Madrid: Alianza Editorial.

Blanchot, M. (1990). *La escritura del desastre*. Caracas: Monte Ávila Editores.

Guevara Paredes, M. (2017). *Matar al negro, 33 cuentos breves*. Cusco: Sieteculebras Editores.

Guevara Paredes, M. (2010). *Usted, nuestra amante italiana*. Lima: Biblioteca Nacional del Perú.

Homero. (1977). *La Ilíada*. México: Editorial Aguilar.

Melo Morales, D. (2014). *Entrevista al escritor Mario Guevara Paredes*. *Ergoletrías, revista de la Universidad del Tolima*, No 2, p. 95-97.

Platón. (1969). *Diálogos: Fedón, o de la inmortalidad del alma; el banquete o del amor*. Madrid: Editorial Susaeta.